

Precio 15 céntimos



ARTISTA MUSICAL
DE FANTASÍA



María Forestina

LA SAETA

Toda la correspondencia se dirigirá á D. PEDRO MOTILBA, Rambla del Centro, Kiosco número 5. — BARCELONA.

DIRECTOR LITERARIO
DANIEL ORTIZ

España y Portugal, trimestre. . . 2 ptas
Cuba y Puerto-Rico, semestre. . . 5 »
Extranjero, semestre. 6 »



QUIEN NO ha leído las sabrosas revistas taurinas de *Sobaquillo* y *Sentimientos*? En ellas mejor es la salsa que las tajadas, ó por decir mejor, más valen los comentarios que la cosa.

Los toros son el pretexto para que Cavia y Palacio luzcan su ingenio y derramen la sal á puñados; y por más que demuestran ser inteligentísimos en toros, aunque no lo fueran, no por eso dejarían de ser devoradas sus curiosas revistas.

Pero ¡ay! que han esparcido por estas provincias de Dios unos imitadores suyos que nos harán renegar de los toros, de los toreros, de las revistas y del pícaro que las inventó.

Aquí, en Barcelona, hay cinco ó seis *Sobaquillos* y *Sentimientos* que hacen que uno pierda la afición.

Todos los diarios se han echado su revistero correspondiente, que se cree en la obligación de hablar en gitano, decir chistes y escribir versos.

¡Qué gitano! ¡qué chistes! ¡y qué versos!

El *Jozú* y el *tu mare* es la muletilla obligada de alguno de ellos, cuando mejor estaría decir *senyó Jesus* y la *teva máma*.

Los chistes vienen de incógnito, tan embozados que parece que se hielan de frío.

¡Y los versos! ¡Todos hechos á ojo de buen cubero! Hay un tal *Verduquillo* que tiene el ingenio lleno de inválidos. Quiero decir que de los versos que le salen unos son cojos, otros mancos y otros perniquebrados.

Escamillo, otro *Sentimientos*, tiene la retórica y poética á componer.

Vamos, que esto es el acabóse.

Eso de querer forzar la nota é imitar lo inimitable hace que las corridas estén cada vez desanimadas.

¿Quién vuelve á los toros despues de leer las revistas que salen en Barcelona?

Por supuesto, que no hay regla sin escepción y alguno que otro de los revisteros puede pasar, y hasta á ratos tienen gracia.

Pero ¡la generalidad!

¡Jozú, qué revisteroz! — como diría alguno de ellos.

Había hace años un señorito noble en Barcelona que era valiente y con el menor pretexto enviaba los padrinos á cualquiera.

Sucedió en cierta ocasión que tuvo una novia que vivía en una calle llena de herreros. Como

nuestro noble se pasaba todo el santo día en medio del arroyo haciendo cucamonas á su adorado tormento, los herreros, hartos de verle allí, le tomaron en cierta ocasión el pelo tan inopinadamente y le dieron tal rechiffa, que nuestro hombre indignado volvió al día siguiente con los bolsillos llenos de tarjetas y fué dejando una encima de cada yunque, de modo que vino á desafiarse en menos de media hora á más de treinta y siete herreros.

Éscusamos decir si la cosa cayó en gracia así que se supo en esta ciudad.

Hemos recordado esto á propósito del escritor Sr. Suarez de Figueroa, que ha desafiado al director de *La Justicia* y á todos los abogados que han defendido á Pepe el Huevero y compañía.

Muchos desafíos son para una persona sola, y aunque el señor Figueroa ha demostrado que va á todos los terrenos, no deja de ponerle algo en ridiculo esa cosecha de duelos que se ha echado encima.

Claro que estas cosas no las ve la persona paciente, y á mi mismo me ha sucedido alguna vez ponerme en berlina por tomar las cosas por donde quemaban.

Por eso hace mal el Sr. Suarez de Figueroa en desafiar á esa masa de abogados.

Con uno bastaba y sobraba.

Además, que los abogados de Madrid son de madera mejor que los de otras partes.

¿Qué hubiera hecho el Sr. Figueroa en Barcelona si hubiera tenido en frente á un tal *Serraclara*?

Le manda una jardinera de padrinos.

Pepe el Huevero y sus interesantes compañeros han sido absueltos en medio de los aplausos de un público que por lo visto es partidario del matute.

Esa compasión que tenemos en España por contrabandistas y matuteros ha de ser nuestra perdición.

—¡Pobrecillos!—dicen las personas sensibles.

—Que se ganen la vida.

Pero esas personas sensibles al par que cínicas, no ven que con el matute y el contrabando se arruinan centenares de comerciantes y tenderos que no quieren robar y trabajan de buena fé.

Por ese camino tambien podemos compadecer y absolver al *Jadron-asesino*. ¡Pobrecito! ¡lo hizo obligado por la necesidad! —exclamaremos todos.

¡Dios de Dios, y dónde nos ha salido la compasión!

Nadie compadece al que se muere de hambre, ó al que perece por salvar al prójimo, pero no hay tunante ni matutero que no parta los corazones de las almas misericordiosas.

Los aplausos dados por el público de Madrid al veredicto del Jurado nos han dejado frios,

porque nos han revelado que hay una nueva profesión aplaudida y respetada: la del matutero.

Si esto no es alentar el fraude que venga Dios y lo vea.

Con que lector, si tienes un niño, llévalo a la escuela de Pepe el Huevero. Así será rico y considerado.

* * *

Dicen los periódicos que cerca de nuestro puerto han aparecido algunos delfines, y los bañistas se han asustado.

Luego aparecerá una tintorera.

Después el marido de la tintorera, ó sea el tiburón.

Mas tarde, los *tintoreritos*.

Y por último, no habrá nada, siempre y cuando Ribalta, Gasull y demás *bañadores* distribuyan abonos entre todos los que viven de las letras de molde.

Si no lo hacen así, no vamos á poder meter el pié en el agua.

ELIDAN.

HABLEMOS CLARO.

Si, señora, hablemos claro aunque la enoje y la ofenda. No la entiendo á usted, Amparo, y es preciso que la entienda.

Yo la idolatro, la adoro con toda mi voluntad. ¿Está mal hecho? Lo ignoro, pero juro que es verdad.

Y estas idas y venidas sin llegar jamás al puerto son pesadas y aburridas y me tienen medio muerto.

¿A qué viene hacer papeles y tratarme un día y otro como á esos pobres peleles que siempre están en un potro, fieles esclavos del ceño que se arruga ó desarruga y á quienes deja su dueño frescos como una lechuga?

Si no ha de poder usted hacer chacota de mí, ni mucho menos, ¿por qué gastamos el tiempo así?

Que se ha de rendir, es claro; si usted es coqueta yo ducho, y sería un caso raro que se resistiera mucho.

¿Que usted se pasa de lista? Pues yo no pecho de tonto, y no habría tal conquista si cayera usted de pronto.

Usted es guapa y elegante y debe ser mi victoria difícil, pero brillante, en fin, ¡que me sepa á gloria!

¿Me mira usted á hurtadillas? ¿Se incomoda usted, Amparo? Pues pediré de rodillas el perdón de mi descaro.

Y si es preciso tambien una expiación cualquiera yo renunciaré al edén por una semana entera, pero nada de altiveces

ni miradas desdeñosas; ya me ha pasado otras veces y sé mucho de esas cosas.

Y pues yo soy temerario y usted se muere por mí, es preciso, es necesario que no me trate usted así.

Usted dirá lo que quiera, pero yo veo bien claro que al obrar de esta manera quiere usted rendirme, Amparo.

Y aquí me tiene rendido, con excesiva humildad; tan excesiva, que pido un poco de caridad.

Que me estoy desesperando de veras, porque usted quiere, y usted nada va ganando con que yo me desespere.

Tanto más cuanto que veo detrás de esa indiferencia que usted paga mi deseo con justa correspondencia.

Y ¿á qué viene ese rigor y esos desdenes extraños si estoy leyendo el amor en esos ojos castaños?

Sin duda alguna, usted lleva la intención de que me hiere su desvío... ¡y es la prueba de lo mucho que me quiere!

Nada; es inútil negar; no más melindres, ¡por Dios! puesto que hemos de acabar por ser amigos los dos.

Cesen, pues, los fingimientos y el tiroteo incesante de frases y cumplimientos que no hay ya quien los aguante.

Y yo hallaré mi tesoro sin cortesías pesadas....

Ya sabes *tú* que *te* adoro; con que basta de bobadas!

SINESIO DELGADO.

EL PRIMER FRAC

No todos los hombres pueden comer bien, hay estómagos delicados que carecen de potencia digestiva para ciertos alimentos.

Llevar á un banquete en casa de Lhardy á un pastor de ganado (vacuno ó lanar, no protestante), ofrecerle algunos manjares que para él no son sino *melecinas* y diabluras de boticario francés, equivale á mortificarle.

Detrás de la comida empieza el cólico del convidado. ¡Cuántos personajes políticos improvisados no pudieron digerir el primer *entrecôte*!

Con el traje ocurre lo mismo que con los manjares, pero entre todas las prendas para caballero, merece especial mención el frac.

La civilización ha rebajado el frac al alcance de todos los lomos.

Sin embargo, todavía quedan cuerpos refractarios á esa prenda de lujo.

El frac debería ser exclusivo en la clase media, porque parece un término medio entre la levita y la chaqueta: es una chaqueta que se deja crecer la cola, ó una levita amputada.

Desde que esa prenda se ha popularizado en

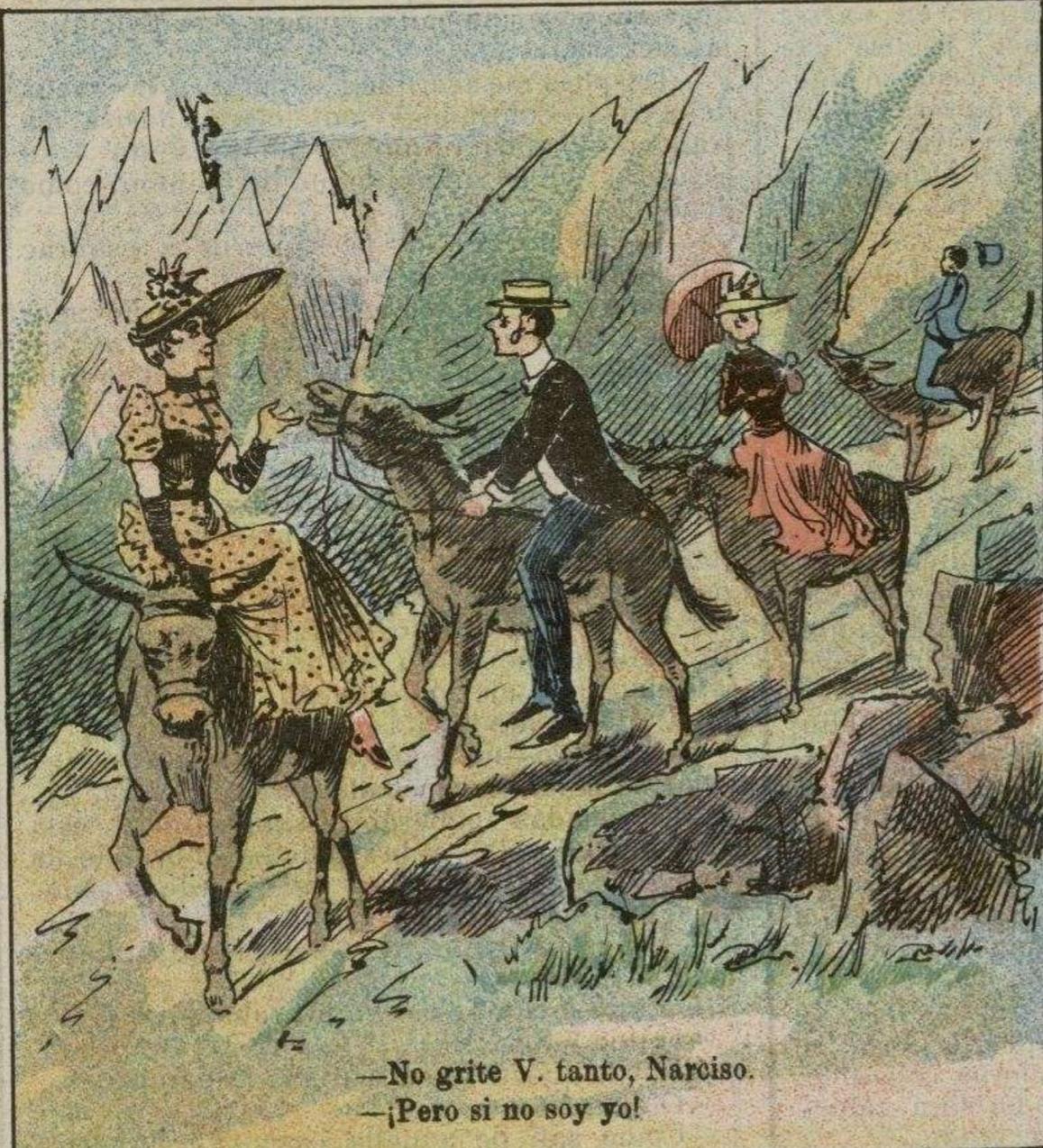
UNA GRACIA SIETEMESINA



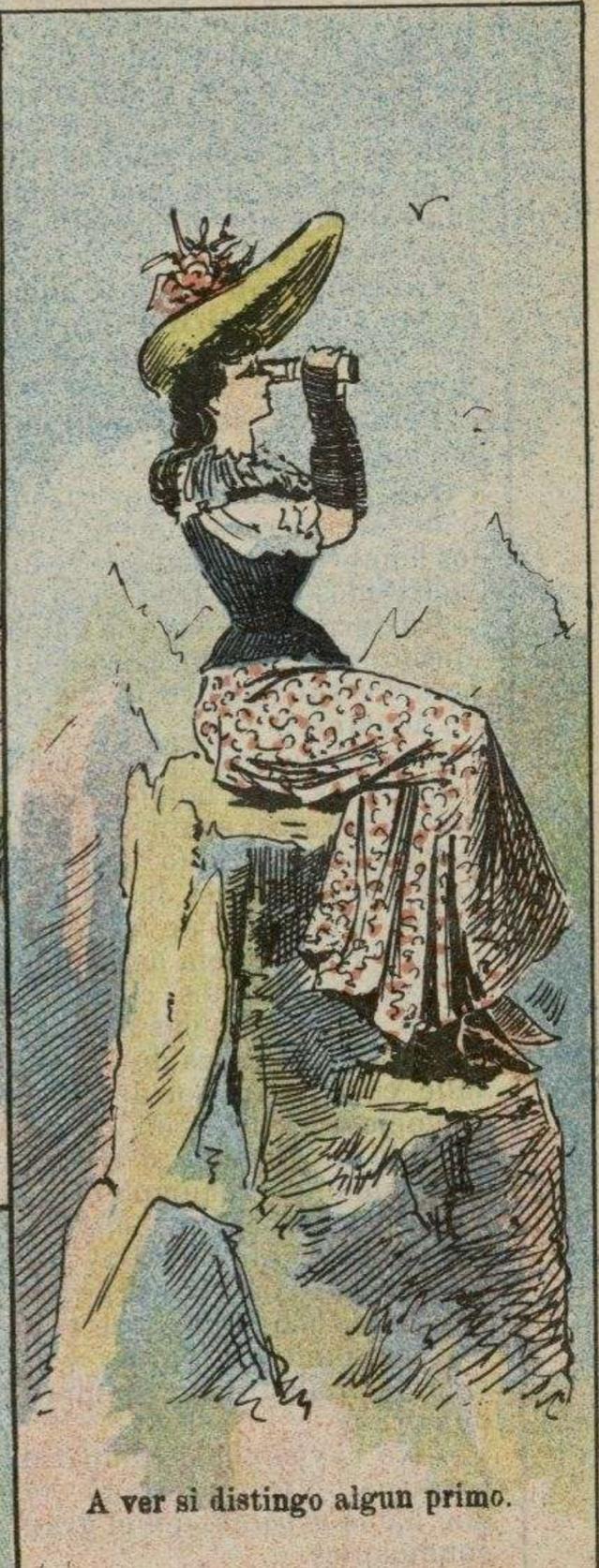
—Quisieda sed su zapatedo, Endiqueta.
—¿Para qué?
—Para poder decid que estoy á los piés de V.



—¡Qué bien se está así! ¡Y sobre todo, sola!



—No grite V. tanto, Narciso.
—¡Pero si no soy yo!



A ver si distingo algun primo.



—Esto es darle á una dentera.



—¿Me quieres más que á tu marido?
—Cuando él no me pega, sí.

España, ningún caballero puede vivir sin frac.

En recepciones como en teatros; en *soirées* de las de brasero, reloj de cuco, poetisa casera, primo tenor, y monacordio; hasta en algunos bailes, según exigen las empresas en los billetes, es prenda indispensable el frac.

Sucede con él lo que con ciertas mujeres de tan rápida como delicada belleza: que en pocos años se pasan.

Un gabán, un levisac ó una cazadora, pueden servir á su dueño durante una ó dos generaciones de figurines, esto es, durante dos ó tres años cómicos.

Pero el frac se pasa con tanta facilidad como las indicadas mujeres.

Los sastres que, por razones de su vocación ó de su carrera, tienen «mejor ojo estético» y los hombres que saben vestirse, aprecian las vicisitudes de un frac en la primera ojeada.

Adviertan ustedes que hablamos de «vestirse» en sentido figurado, porque en el sentido genuino todos sabemos vestirnos desde cierta edad en adelante.

Hay alguna excepción, pero excepción al fin; conocemos á un hombre á quien su suegra pone los tirantes; es un sujeto del teatro antiguo.

Para el individuo perito en achaque de modas, una recepción de las de «frac en ristre» ofrece sinnúmero de modelos curiosos.

Hay frac de cola de pichón, que se levanta sola; de tres puntos, como algunas plumas de acero; de sacamuelas ambulante, las aletas parecen los raigones de un colmillo; hay frac de talle corto; visto por detrás el que lo lleva, se asemeja á un niño con los andadores colgando; de talle largo, como si el sastre hubiera calculado que el parroquiano está creciendo.

Respecto al color, todos los fraques deben ser negros: pero también hay muchos pardos, como los gatos durante la noche.

Los hay marítimos que tiran á verdes, mulatos manumitidos varias veces al sesenta por ciento anual, aunque siempre por corto número de horas.

—No hay suplicio comparable al que nos proporciona un frac prestado—nos decía un amigo que había *debutado* en el gran mundo en tales condiciones.

—Al presentarme en la casa, uno de los criados llamó al mayordomo, diciendo:

—Aquí está ya el camarero del restaurant.

—Cuando se convenció de su error—continuó nuestro amigo—me pidió perdones, no recuerdo si mil ó más; pero él y sus camaradas soltaron el trapo á reír. Entregué el abrigo á los festivos lacayos y entré en los salones oyendo al paso:

—Parece un frac colgado en una percha.

—¡Cuánto pájaro frito hay en esta temporada!

—Cuántos padres merecen castigo por el abandono en que dejan á los chicos.

—Se habrá quedado fuera la nodriza que le traería por los faldones.

—Ha de ser persona influyente, porque ese es el frac que usaba Chamorro, el amigo del señor don Fernando VII.

—¡Bien se conoce por la antigüedad! tiene ya los faldones encanecidos.

—¡Qué sofoco! ¡Qué opresión!—exclamaba nuestro amigo.

—Parecía que el frac se encogía con el calor

y me prensaba, ó que tirando de una cuerda querían hacerme bailar como á esos pulchinelas de cartón.

—Después me acerqué á saludar á la dueña de la casa—continuó—y noté cierta sonrisa: me trató con exquisita finura y me presentó á su esposo y á las niñas, según mi opinión, como diciendo:

—Tengo el gusto de presentaros á ese frac que viene montado en ese hombre.

—En aquel mismo momento me pareció sentir un ligero tirón de los faldones del frac: sin duda alguno de los concurrentes se encargaba de divertirse conmigo enredando con el frac.

—¿Romperemos el baile?—me dijo la señora, seguramente con mala intención.

—Como usted guste—respondí;—pero no fué el baile sino el frac lo que rompimos: en el momento de ofrecerle el brazo, y cuando ya la orquesta, formada por escogidos profesores, todos con frac, excitando mi envidia, preludiaba un rigodón, sentí un ruido extraño hacia mi espalda, y así, cierto desahogo, como si me hubieran descosido la piel.

—Caballero—me dijo un joven impertinente, —que se le ha desbrochado á usted el frac.

—Carcajadas generales siguieron á esta advertencia: solté el brazo de la señora de la casa y me llevé una mano (mía, no de la señora) al sitio de la herida.

—¿Quiere usted un frac? me preguntó el dueño de la casa?

—O una levita—observó un caballero.

—O una bata.

—Puede quedarse en mangas de camisa.

—O disfrazarse.

—Como salí de aquella casa, no hay para qué decirlo. Dos días después me batía á pistola con el dueño del frac, que tomó por burla lo ocurrido.

—Desde entonces—prosiguió—pensé en el frac, y mis primeras economías fueron invertidas en la adquisición de una de esas prendas: comía con frac, dormía con él, y cuando me casé y tuve niños, no usaron más pañales ni más traje, desde sus primeros años, que fraquecitos.

E.

DOS QUE SE CASAN

I.

Querido Andrés: La carta esta te envío
Y en ella doy mi postrimer saludo
Al estado soltero, que fué mío
Y del cual, por casarme, ahora me mudo.
Al yugo me uncirá mañana el cura
Que he de llevar el resto de mis días.
Es decir, abrirá la sepultura
En que se han de enterrar mis alegrías.
¡Adios, muchachas de estrechito talle,
De carita risueña y maliciosa!
Desde ahora saldré siempre á la calle
Yendo ¡ay de mí! del brazo de mi esposa.
Ya no iremos á alegre merendero
A comer y á beber vino pardillo;
Ya no iré con vosotras al Vivero
A bailar á compás de un organillo.
Estas cosas, Andrés, triste me digo;
Quiero ponerme alegre, pero en vano;
No puedo desechar, querido amigo,

El pesar que me causa dar mi mano.
Aunque mi prometida sea buena,
Y son sus ojos cual la noche negros,
Y parece su rostro una azucena,
Me espanto de pensar solo en los suegros.

Ya me tomó ayer tarde por su cuenta
De mi futura esposa el fiero padre,
Y á poco si la madre me revienta
A título de que iba á ser mi madre.

Por tanto dime, Andrés, sino hay razones
Para desconfiar del matrimonio,
Pues creo que tendré mil desazones
Sino mando á los suegros al demonio.

Y nada más por hoy. Adios amigo
Ya sabes que te aprecio lealmente
Y escucha por tu bien lo que te digo:
No te cases, Andrés.—Tuyo

Clemente.

II.

Amiga Inés: Ya sabes que me caso.
El que va á ser mi esposo
Es por todo un buen chico,
Y por más que no es rico
Tiene un sueldo bastante decoroso.

Al dar hoy este paso
En que mi porvenir al albur juego
Satisfago, por fin, aspiraciones
Que tuve siempre, y ya veremos luego
Si al elegir marido tengo suerte,
Pues es lo más probable que éste sea
Compañero de hogar hasta la muerte
(Y quiera Dios que yo morir le vea.)

Desde hoy no jugaré, con Juan, mi primo
(Al menos cuando esté el otro delante)
Y pienso ser modelo

De esposas por lo fiel y lo constante.

¡No sabes cuánto anhelo
Que lleguen los instantes de la boda!
Te diré, en confianza, que te fijes
Mañana bien en mí, cuando yo diga
El *si* ansiado: verás, querida amiga,
Ruborizarme toda;

Y verás cuál me pongo colorada
Para que se me vea enamorada
A la par que inocente y pudorosa,
Para que no me crean descocada
Que es, según mi mamá, muy mala cosa.

Te extrañará al leer estos renglones
Este lenguaje un tanto descarado:
Estas son las lecciones
Que mi mamá me ha dado,
Así como otras en que me ha advertido
Para que gaste yo los pantalones
Que en casa debe usar siempre el marido.

Adios Inés. Mañana muy temprano
El traje vestiré de desposada
Que ha de servir para otorgar mi mano.
Desde mañana tengo ya un marido
En quien descansan mi fortuna y nombre,
Siempre es bueno tener cerca algún hombre
Que guarde las espaldas.

Y aunque no lo parezca estoy más libre
Puesto que él no ha de estar siempre cosido
Y pegado á mis faldas.

Y nada más por hoy, querida mía,
Sino es que me permitas un consejo:
Cásate, no seas tonta, cualquier día,
Sino puede ser joven, con un viejo,
Porque se está mejor.—Tuya

María.

Por la copia, MARIO ASENJO.

UNA VENGANZA

Antenor no debía haber nacido.

Y no debía haber nacido por dos razones: por llamarse Antenor y por ser uno de los seres más desgraciados que he conocido.

Ya desde pequeñito era *el Ceniciento* de la casa. Todo para sus hermanos; nada para él.

Y si acaso el padre, que tenía muy mal genio, repartía bofetadas y pellizcos por sabido se tenía que Antenor alcanzaba siempre la mayor parte.

Antenor fué á la escuela y fué muy castigado siempre. No por holgazán, sino por que tenía aquella cara... Y, vamos, el maestro no le podía sufrir.

Después estudió en el Instituto, y él estudiaba y otros se llevaban los premios.

Antenor estaba frito.

Su padre le metió en casa de un comerciante para que se fuese soltando, y allí le hicieron trabajar como á un esclavo africano.

Todos los días la misma cantinela: Antenor, vaya usted á la estación á recibir la expedición de harina;—Antenor, vaya usted al muelle á recibir los cueros;—Antenor, mañana levántese usted al amanecer para tomar nota de los sacos de cacao comprados á don Fulano de tal;—Antenor, vaya usted á la Aduana á correr estas hojas y estas declaraciones;—Antenor...

En fin, que el pobre Antenor continuaba frito.

A fuerza de constancia subió á tenedor de libros; pero ¡cuánto tuvo que pasar!

Se le murieron los padres, que dejaron alguna herencia para repartirse entre él y sus hermanos; pero cayeron en manos de un tío tutor, que era todo un señor tutor y un señor tío.

Antenor se enamoró de una chica bastante guapa y de regular fortuna. Solo aguardaba tener veinticinco años para casarse.

En esta ocasión sus principales le enviaron á hacer un viaje al extranjero para ultimar un negocio.

Una vez fuera del pueblo escribió todos los días á su novia. Ella le contestó á las primeras cartas. Luego ya no le escribió ni un solo billete.

A la vuelta del viaje encontró Antenor casada á su novia con otro más jóven, más guapo, más elegante y más rico que él.

Antenor volvió á estar más frito todavía.

Por esta época llegó la mayoría de edad y al rendirle cuentas el tutor, se encontró con que este apreciable sujeto le había escamoteado casi toda su fortuna.

Con los restos de ella se asoció con un compañero y puso casa de comercio. Antenor Estrellado y Compañía se llamaba la razón social.

Pues bien; Antenor Estrellado acabó por chafarse, pues dió con un socio que le armó cincuenta mil líos, y la casa de comercio se vino abajo como edificio mal construido.

La fritura de Antenor llegó á su límite.

Volvió á ser dependiente, pero tantas desgracias le abrumaron y como ya no era el brillante tenedor de libros, le echaron á copiador de cartas.

Entonces se le ocurrió casarse ¿Y con quién? Con una vulgar y ridícula patrona que le tenía de huesped.

Esta señora le dió un hijo cada año y Antenor se freía en su propia sangre.

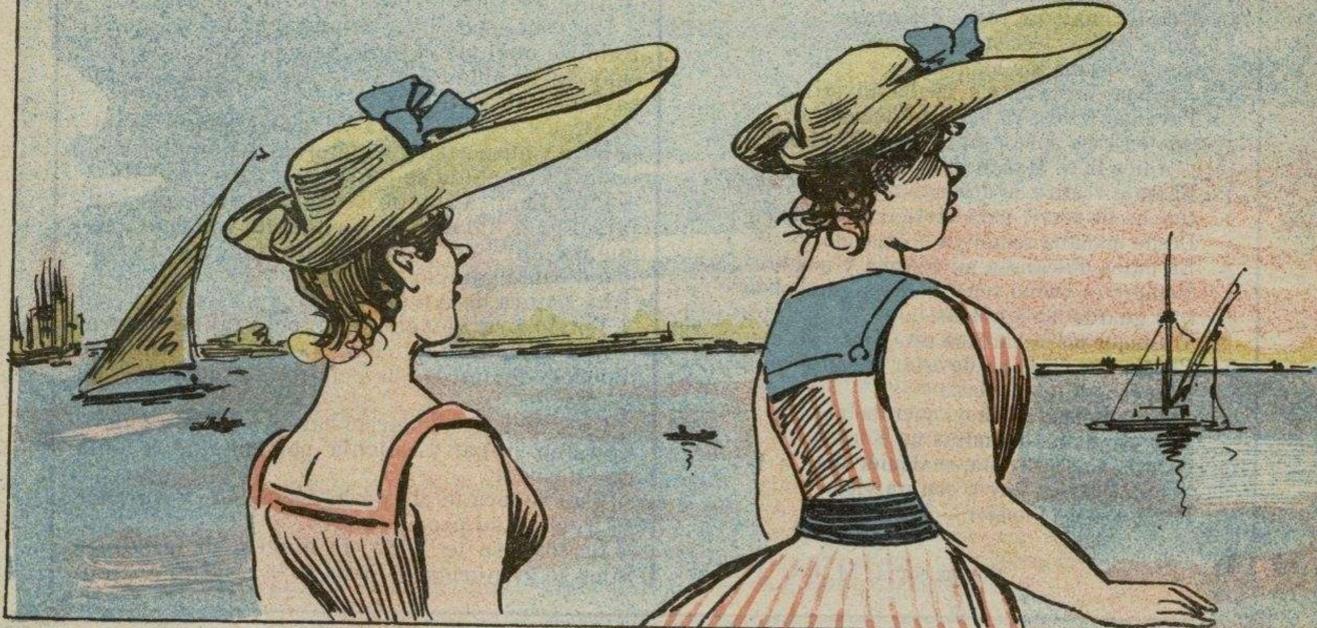
La casa se le llenó de enfermedades; unos hijos se le murieron, otros se le criaron enclen-



Tu Enrique lleva perdidas todas las regatas.
 Sí; pero es el que tiene mejor musculatura.



Lo que se vé con mi cata-lejos, pero que no se cata nada, y menos de lejos.



Dos Tiburones.



Una nereida.



La primera vez siempre causa su poquito de reparo.

ques; el mayor se le escapó y su esposa se murió de una pulmonía.

Para mayor desgracia le echaron del escritorio y se quedó en la calle con dos hijos que le restaban.

El carácter de Antenor se salió de madre y odió á la sociedad en masa. Al verse sin recursos, de buena gana se hubiera hecho verdugo, pero él era incapaz de matar una mosca.

Ultimamente fué colocado en una portería donde tuvo que aguantar las impertinencias de los vecinos. Después se le murieron los hijos por falta de recursos para llamar y pagar al médico.

Antenor ya no estaba frito sinó asado, y su odio á la sociedad iba en aumento.

Allá á sus solas pensaba en vengarse de la humanidad toda ¿pero cómo? Se hubiera hecho anarquista, si todos los hombres no le hubieran parecido unos malvados.

Ensimismado continuamente, de sus labios no salía más que esta palabra: ¡venganza!

Un día dió un salto de la silla en que estaba sentado. ¡Ya pareció aquello! Ya tengo el medio de vengarme de todos.

Se había recordado de que en su juventud había tocado el figle por afición.

—¡Me haré murguista! —exclamó— ¡No dejaré dormir á nadie y daré jaqueca á todo el mundo!

Y dicho y hecho. Con sus ahorros compró un figle, se asoció con un ciego que tocaba el cornetín y salió á la calle dispuesto á todo.

¡Con qué placer veía huir á todas las gentes ante el estridente sonido que producían los instrumentos de su compañero y de él!

Ya no estaba más frito Antenor; ya freía á los demás.

—Vamos á dar tormento á don Fulano, que se casó ayer, decía á su compañero.

Y se lo daban.

—Hoy es el santo de Méngano, vamos á volverle loco.

Y le volvían.

Antenor y su acólito llegaron á ser el terror del pueblo. Hasta los chiquillos se tapaban los oídos para no sentirlos.

Esta vida llenaba de satisfacción á Antenor, que llegó á viejo tocando el figle, acompañado de las maldiciones de todos sus paisanos.

Todavía al morir dijo con orgullo:

—Bien me habeis quemado la sangre en este mundo, pero bastante me la habeis pagado.

Con que ya lo sabes, lector: si quieres vengarte de todo un pueblo, hazte murguista.

DANIEL ORTIZ.

GALERÍA FOTOGRÁFICA

Era una tarde de lluvia
insufrible por demás;
y por librarme del agua
me guarecí en un portal.

Es este un portal artístico,
si así se puede llamar
una exposición de efigies
de la pobre humanidad,
representada con varia
expresión original,
por adultos de ambos sexos
y niños de toda edad.

Allí un artillero raso
luce su aire militar,
fumándose un *coracero*
del estanco nacional.

Allí un guardia de orden público
que, con naturalidad,
parece que está diciendo:
«A mí lo mismo me dá.»

En grupo, entre árboles, una
señora monumental,
con tres hijas á la izquierda
y á la derecha dos más
que, con aire contristado,
contemplan á su mamá,
como pidiendo marido
con mucha necesidad.

En tarjeta americana,
con toga y birrete, está
uno, que, si es de la curia,
será por lo criminal.

Con una playa en el fondo,
muy triste y lánguida, está
una joven que parece
que en la orilla se va á ahogar.

Otra graciosa novicia
de la vida conyugal,
parece que á su marido
va al público á presentar;
pues le toma de la mano
(y el *pelo* le tomará)
como diciendo: «Ecce-homo!
le partí por la mitad.»

Un autor muy conocido
(pero porque escribe mal)
muestra allí su *vera efigie*
en actitud de pensar

y con la pluma en la mano,
diciendo al que á verlo va:
«Con qué trabajo me sale
cualquiera barbaridad!»

Y allí el general que no hizo
nada de particular,
y el cómico *que allí no habla*
y parece un buen galán;
y el ministro que ahora sube
y ya nos hace temblar;
y el torero trasteando
un testuz artificial.

Les digo á ustedes que es cosa
de ver, reir y gozar,
la dichosa galería
de aquel dichoso portal.

E. BUSTILLO.

LA COQUETERÍA

HISTORIA DE UNA BABUCHA

Cuenta la crónica, que hace muchos años vivía en Bagdad un pobre hombre, de ingenio muy superior á su modesta posición.

Nuestro hombre era zapatero y poeta, y se llamaba Zafar.

Lo mismo hacía unas babuchas que un epitalamio; unos borceguíes, que un poema épico.

Era un mozo listo que se ganaba muy buenas monedas de oro.

El amigo Zafar vió una muchacha tan rubia como el oro que le producían su obra prima y sus composiciones poéticas, sonrosada como la aurora, de ojos más azules que un cielo de Ca-

diz, y unos dientes tan alineaditos y tan blancos como una sarta de perlas.

Todo esto le enamoró; pero como la profesión de zapatero probaba bien á las claras una afición, no disimulada ni combatida, hácia los piés, debemos decir que lo que trastornó tanto á Zafar, fué... que Fatma tenía el pié más pequeño que el corazón de un avaro.

Los piés de Fatma eran unas miniaturas andando, eran... en fin, unos piecitos muy chiquirrititos, vamos.

Por fin, el hombre se declaró: Fatma no se hizo de pencas, antes bien, aceptó gustosa el amor de Zafar, y le hizo por fin dueño de sus bonitos piés, dándole su blanca mano.

Hizo más; apenas se casó, le dijo con voz velada por la emoción:

—Adorado Zafar: te juro quitarme la vida el día que enviude. No me separaré de tu sepulcro hasta que me muera.

El pobre Zafar no quiso ser menos, y contestó enternecido:

—Fatma mia: yo, á mi vez, te juro encerrarme contigo en el mismo ataúd en que depositen tu cuerpo. Imposible me sería sobrevivir á tu pérdida.

No podían negar ninguno de los dos que tenían una imaginación oriental.

¡El amor es tan pródigo... en promesas!...

Pero, como dice un refrán español, del dicho al hecho hay tanta distancia como de predicar á vender trigo, y estas sentencias probaron pronto su certidumbre, como veremos más adelante.

Hizose la boda.

Hubo grande algazara y suculenta cena.

En la cena hubo de todo. ¡Hasta pescado!

Esto fué lo malo. ¡No hay rosa sin espinas!

Una espina desbarató los proyectos de ambos conyuges.

¡Fatalidad! ¡Fatalidad!

Fatma comió pescado, y se atragantó...

Y he dicho poco: no solo se atragantó, sino que con la espina en el gástrico, luchó dos minutos con la muerte; pero al cabo de este tiempo, ¡horror! ¡se ahogó!

Tan se ahogó, que le quitaron sus vestiduras de novia, la envolvieron en un blanco sudario y la condujeron al lecho eterno.

Zafar, preso de la mayor desesperación, la depositó en el lugar dónde había de estar hasta la noche, en que él iría á sepultarse con ella.

Volvió á su morada. Se despidió de ella, de su tirapié, de sus hormas; lo vendió, en fin, todo y después distribuyó su parte entre los pobres.

¡Iba á morir aquella noche!

Llegada ésta, fué á reunirse con su Fatma. Hacía una magnífica noche de estío.

La naturaleza estaba fatigosa. La madre tierra llevaba en su seno los frutos que la agobiaban. Las flores despedían suavísimo olor, el suelo estaba tapizado de verde, y la noche besaba con su encendido aliento todos aquellos frutos que narraban con entusiasta encomio la generosidad y belleza de su Criador.

Zafar se adelantaba silenciosamente hacia el sitio en que depositó á Fatma.

No respiraba de miedo de turbar aquel elocuente silencio, tan sólo interrumpido por el murmurar del aura...

De repente palideció.

Había oído un suspiro... casi un ¡ay! lastime-

ro... un grito ahogado.

El lamento saha del ataúd de Fatma, que estaba abierto por de contado.

Se aproxima... palpa... descorre el velo que á Fatma cubre.

¡Prodigio celestial! Fatma no ha muerto... es más, respira... le sonríe ya con cariñoso afán...

Pasó la espina sin duda, ó Mahoma hizo un prodigio. La cosa fué de algún modo, porque me consta que Fatma, ó no murió ó resucitó.

Sucedió una de las dos cosas á elección del lector, porque de otro modo no habría posibilidad de que hubiese cuento.

Ello es, como digo, que Fatma se levantó; vivía, y estaba en los brazos de su adorado Zafar en aquel momento.

Negar que el zapatero debía ser hombre que supiera dónde debía apretarle el zapato á su mujer, fuera insigne tontería; así es que él, comprendiendo que lo primero de todo era sacarle de aquel lúgubre lecho, se la echó á cuestras, y emprendió la caminata hacia su casa.

—Amado mío,— dijo la muerta resucitada, no es posible que entres así en Bagdad.

—¿Por que?—replicó el zapatero.

—Porque voy completamente desnuda, no llevo más que babuchas.

—¿Y qué hacemos?

—Déjame aquí un momento. Vé á casa por mi ropa y vuelve, que aquí te esperaré yo escondida en este bosque de rosas silvestres.

Zafar la dejó en efecto, y como si tuviera alas en los piés, fué volando á su casa por el traje de novia de Fatma.

Esta, entretanto, se quedó en el bosque muellamente recostada en el tapizado suelo.

El pobre Zafar no había contado con la luna. Aquella noche era luna llena.

Estaba dispuesto para desgracia de Zafar, que dejando á Fatma en presencia de la luna, por un capricho de la suerte fuese él quien se quedase á la luna.

Veamos lo que sucedió:

El Califa volvía de caza y pasó por el bosque.

—Oye— dijo á su confidente,— ¿qué forma es aquella que distingo entre las rosas? ¿Qué luz es esa que brilla á manera de dos záfiro?

—Grande y poderoso Califa, mucho me engaño si aquella forma no es la de una mujer, y eso que brilla son sus hermosos ojos.

El Califa se apeó y se aproximó á Fatma.

Esta, temblorosa, y más bella que nunca, en medio de su turbación, hechizó al Califa.

—¿Quién eres?—le dijo éste.

—Soy Fatma... la esposa de Zafar... acabo de resucitar y le espero para que me traiga mis vestidos.

—Has muerto legalmente,—le dijo,—yo te adoro y puedes seguirme. Yo te cubriré de magníficas perlas, brillantes como gotas de rocío, riquísimas telas, y faldas sembradas de estrellitas de oro.

—¿De veras?—dijo Fatma deslumbrada.

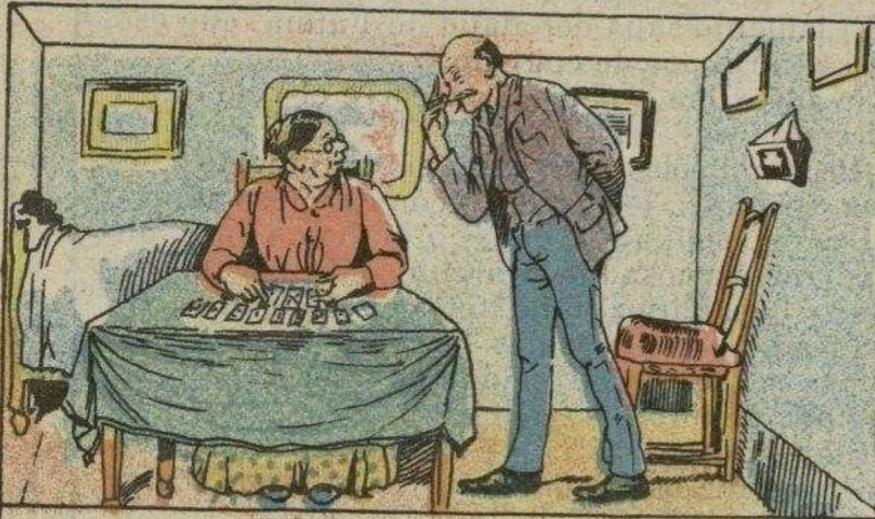
—Haré más por ti. Serás la sultana favorita.

—¡Sultana!—exclamó Fatma desvanecida....

—Decidete pronto. Se oyen ya cerca pasos, tal vez sea Zafar. Decidete.

El tiempo apremiaba, y Fatma, que seguramente hubiera resistido á la tentación, si hubiera tenido el tiempo suficiente para consultar con su conciencia, poseída por el temor, se dejó colocar en un palanquin; de modo que cuando el

UN SUEÑO FATAL (DEL ALEMÁN)



1. Esta noche he soñado que en esta casa hay un tesoro escondido. Veamos lo que nos indica la baraja.



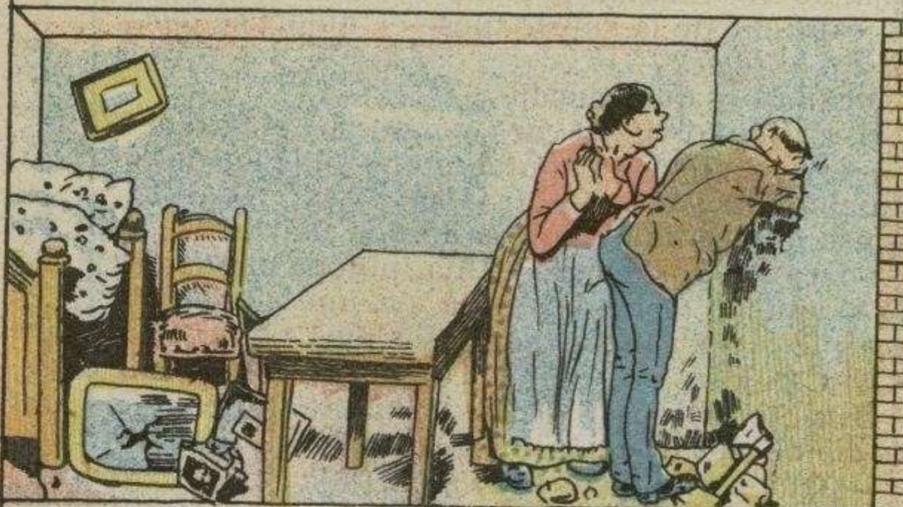
1. Los periódicos no hablan más que de robos, timos y crímenes.



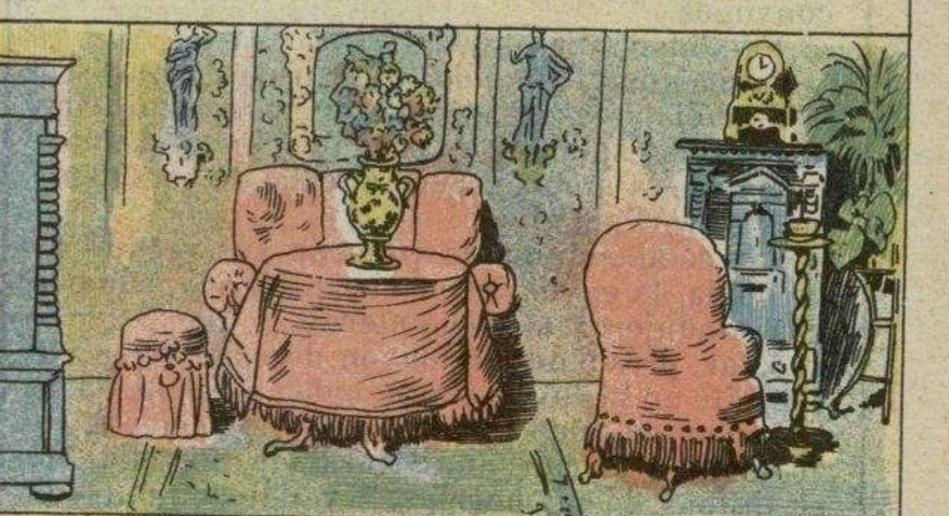
2. La sota parece indicar que el tesoro está hacia esta parte..... en esta pared.



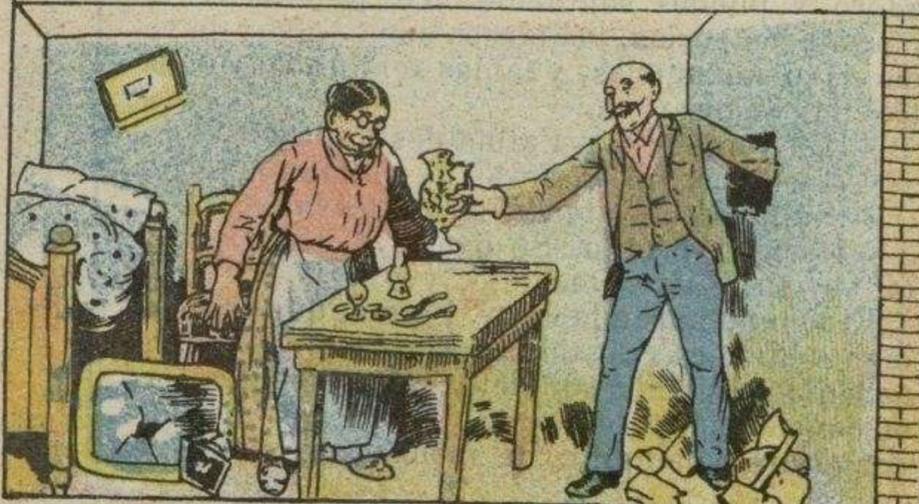
2. Por lo tanto vigila y ciérralo todo con llave. ¡Especialmente la caja dónde tenemos el oro!



3. ¡Ah, ya lo decía yo! La baraja nunca falla. Oro, plata..... ¡ya se acabó nuestra miseria! ¡Bendigamos al Señor!



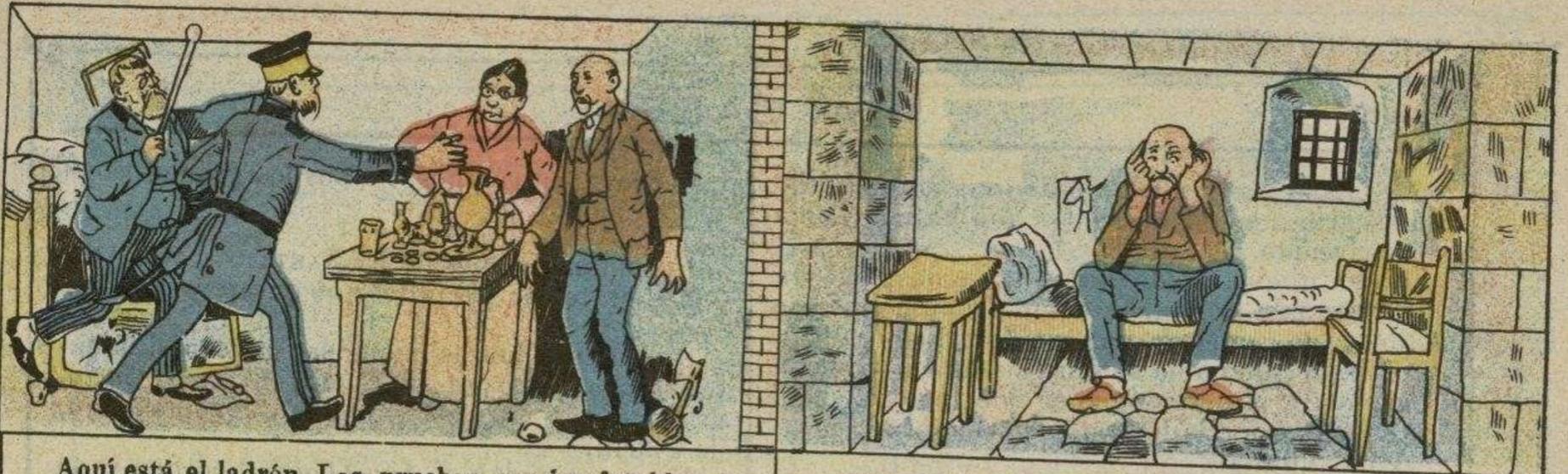
3. Y no permitas, mientras yo esté fuera, entrar en casa ni al Nuncio.



4. Mira, mira ¡que barbaridad! Necesitaríamos un mes para contar toda esta fortuna. Voy á dejar el almacén de porotos y nos daremos la gran vida.

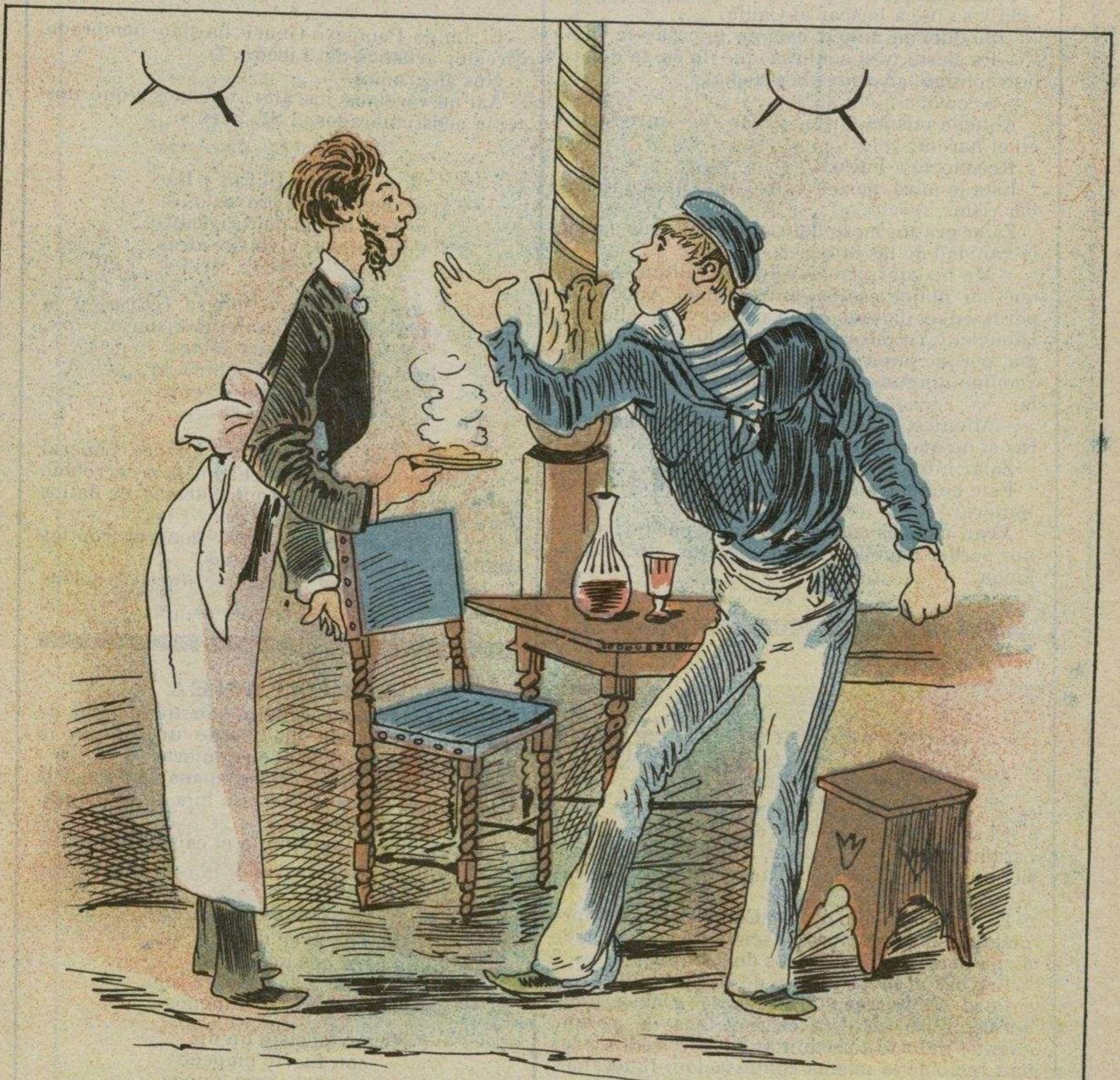


4. ¡Dios mío! Tenían razón los diarios. Eso es cosa del vecino; no puede ser otro. ¡Avisa á la policía inmediatamente!



Aquí está el ladrón Las pruebas son irrefutables: la pared taladrada, el oro á la vista ¡todo, todo acusa á ese hombre!

¡Miren Vds., que es particular! Entre tantas cosas raras como he soñado en mi vida, nunca se me ha ocurrido que tendría que venir á parar á la Penitenciaría.



—¡Oye tú, grámete, hace tres horas que te estoy llamando!
 —Bueno ¿qué quería V.?
 —Primero que me traigas aguardiente y luego llenarte la cara de dedos.

pobre Zafar, con un palmo de lengua fuera, fué á buscarla... se encontró con que Fatma había desaparecido.

En su nuevo estado de sultana desplegó un lujo oriental, y fué tal su empeño en eclipsarse á fuerza de grandeza y magnificencias, que llegó á creer que había sido un sueño su boda con el zapatero, porque de haber sido real y efectivo el casamiento, ella habría sido zapatera.

¡Una sultana!

Entre tanto Zafar, había revuelto el cielo y la tierra hasta averiguar el paradero de Fatma, y supo, por fin, que había hecho fortuna despues de su muerte.

Como la quería, quiso arriesgar por ella la vida y se fué á buscar al Califa.

—Sé que mi mujer está en tu casa—le dijo.

—Es cierto, y si confiesa que lo es, la dejaré irse contigo. ¿Aceptas la prueba?

—Acepto.

Aquella misma tarde, Zafar fué introducido en el harém.

Reconoció á Fatma.

Esta le miró, pero aseguró que nunca le había visto.

Zafar era un mozo listo, y sabía lo que puede la vanidad de las mujeres.

—Me he equivocado,—dijo al Sultán.—Creía que mi mujer estaba entre estas. Anoche la perdí en el bosque; solo conservo de ella una babucha. ¡Yo mismo la hice! Sólo á ella le cogía, porque tenía un pié como no hay otro. Ya veo que ninguno de estas señoras podría calzarla.

—Mientes,—dijo Fatma.—Pruébamela y verás si no que me está grande...

Zafar miró al Sultán.

Este cumplió su palabra, y le entregó á su mujer.

Veán ustedes cómo la vanidad puede hacernos perder aquello en que nosotros ciframos la dicha.

L.



El señor Fuster, en vez de dedicarse á hacer estudios sobre los *Chuetas*, se ha metido á escribir un libro titulado *La acuarela y sus aplicaciones*.

El Ayuntamiento del Sr. Coll y Pujol, siempre magnánimo, le compró trescientos ejemplares de dicha obra, á razón de dos duros uno.

Ese era el mejor medio de darles salida.

Pero ahora resulta una cosa graciosísima: que el libro no está escrito todavía, porque cuantos han ido á preguntar por él á las librerías han recibido la misma contestación: Ignoramos la existencia de esa obra.

¡Dichosos individuos los de esa familia! Al suegro D. Camelo Fibra le hicimos nosotros vender la edicion de aquella simpleza titulada el Código O. Al yerno señor Fuster le vamos á hacer tambien que venda *La acuarela y sus aplicaciones* el día en que la publique.

Y como son rabinos, no nos lo agradecerán.

Recomendaciones de LA SAETA.

En el teatro *Un crítico incipiente* y *El señor cura*.

Recomendamos asimismo las novelas siguientes: *Dulce y sabrosa*, de Picon, *Al primer vuelo*, de Pereda, y muy especialmente *Su único hijo*, de Clarin.

No recomendamos *Angel Guerra* porque ya lo hicimos al publicarse la primera parte.

El plato del día, de la literatura nacional que damos hoy tienen Vds. que reconocer que es succulento.

El amigo Pompeyo Gener ha sido nombrado director artístico del Liceo.

Nos alegramos.

Así no veremos los anacronismos á que nos tenía acostumbrados el Sr. Bernis.

Fué á saltar Duran y Bas por encima del proyecto, pero en medio del trayecto le dió miedo, y volvió atrás.

El boticario Fabié dice que se retirará á la vida privada así que salga del ministerio.

Y toda la España *diche* llena de amargo dolor:
¿Che faró senza Euridice?

Telegrafia el celeberrimo bizarro general Sr. Weyler que en Mindenao hemos derrotado y muerto á doce dattos que además de dattos eran sultanes.

¿Y qué ha hecho el bravo general con las odaliscas, ó mejor dicho, dattas?

¿Las ha puesto en la idem de nuestros soldados?

MISCELANEA

Háblase de una señora que tiene fama de mala lengua. Cada día pierde un amigo ó le promueve un disgusto á cualquiera.

—¿No ha venido al teatro su mamá de usted?

—pregunta un caballero á la hija de la señora.

—No; está indispueta.

—¿Con quién?—pregunta el caballero maquinalmente.

Cantares

Cuando ayer tarde la vi dije para mis adentros:
«lo que de más lleva en lujo,
de vergüenza lleva menos.»

Negar quisiste un día
con fuerte empeño
que á un carbonero nunca
cediste un beso,
pero tus labios
te desmentían, niña,
de negro untados.

Tiene la bella Asunción

en su vista un capital,
que almacén sus ojos son
de aceite, vinagre y sal.

M. LOPEZ COSTA.

No hay hombre más embustero que el doctor Camami.

Días pasados aseguraba en un círculo de amigos que había inventado un procedimiento para hacer hablar á los mudos.

—He conseguido devolver el uso de la palabra á todos cuantos han hecho uso de mi descubrimiento.

—¿De manera—preguntó uno de los circunstantes—que sería V. capaz de hacer hablar á un besugo?

—(!!! !!!)

Pasión... y muerte

Una tarde en que te ví
asomada en el balcón,
no sé qué pasó por mí;
mas desde entonces senti
la más intensa *pasión*.

Sin que nadie se enterara,
te escribí cuatro misivas;
cuando al fin, ¡quién lo pensara!
me diste una cita para
el *huerto de las olivas*.

Acudí sin vacilar,
y una hora de desventura
estuve, y tú sin llegar;
allí me hiciste *apurar*
el *caliz de la amargura*.

Al fin, tras de larga espera,
te dignaste aparecer,
y allí me dejé *prender*
por tu boquita hechicera
que me espresó tu querer.

De tal modo me arreglé,
que por obra del demonio
al otro mes me casé;
ó mejor dicho, *cargue*
con la *crus* del matrimonio.

Pronto vi que eras cual todas
coquetuela y presumida,
pues á poco de las bodas,
en un obrador de modas
dí... *la primera caída*.

Que lo de Cristo he pasado
te juro por Belcebú;
hasta el final he llegado,
pues entre tu madre y tú,
¡me teneis *crucificado!*

JUAN URIOSTE SOTO.

Los callos tiene á docenas;
los ojos de gallo, á pares,
y sus pies ya no son pies,
son testigos *oculares*.

Sentimientos

Comprende, niña, que no me quieres
y no lo digas ó mentirás:
quien al deseo llama cariño,
lo que es cariño, nunca sabrá.

Tampoco digas que te aborrezco,
porque así faltas á la verdad;
yo necesito para quererte....
¡que antes me quieras, y nada más!
Mas ya que veo que deploramos
ambos la misma fatalidad;
ya que el cariño no puede unirnos,
ven, el deseo nos unirá!

SEGUNDO LOZANO.

—¿Has visto qué vanidoso es Carlos?

—¿Por qué lo dices?

—Porque hace creer á la gente que ha perdido la razón.

—¿Y qué?

—¿Cómo se ha de perder lo que no se ha tenido nunca?

La mujer en el año 1891

Una cabeza que empieza
donde dispone el peinado,
y un cuarto desalquilado
por dentro de la cabeza.

Una cara que jamás
pudo decirse mejor
que es *cara*, por el color,
los polvos... y lo demás.

Luego un cuerpo que, eso sí,
esto es regla general,
si se juzga por la sal
puede llamarse alfoli.

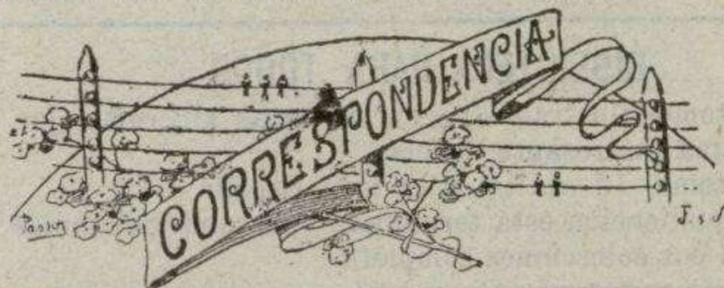
Dos pies enanos que asienta
en el suelo con donaire,
porque lo que todo es *aire*,
cualquier cosa lo sustenta.

Item mas: un repertorio
de trapos indefinido
que hacen pasar al marido
las penas del purgatorio.

Y mucho de envanecerse
de educación esmerada,
y mucho no saber nada
de lo que debe saberse.

Aquí teneis lo que es
en aquesta tierra goda
una señora á la moda
de la cabeza á los piés.

ABELARDO PRÍNCIPES.



A. de O. (Madrid.)—Irán los versos
Madda.—Procuraré complacerle.

E. M. (Madrid.)—Irá haciéndole un final.

J. P.—Lo que V. envía es muy inofensivo.

M. del V.—Los dibujos son muy incorrectos.
Trabájelos V. más.

A. F. T. (Burgos.)—No está mal, pero habría
que limarlo un poco, y tenemos escaso el tiempo.

E. F. de C. (Bilbao.)—Irá.

Churumi.—V. no me la da á mi.

N. C. N. (Valladolid.)—A orillas del Pisuerga
pasan cosas muy atroces.

U. U.—No, señor mio.



- Me has de dar tres pesetas para un compromiso.
 --¿Para un compromiso?
 --Desfigúrate tú que *hice* un reló en la Puerta del Sol y pa celebrarlo convidé al Manga.
 --¿Y qué?
 --Náa, que cuando se jué el Manga noté que me había robao el reló y el dinero, y ahora he de pagar al tabernero.

— ANUNCIOS —

LA SAETA SEMANARIO FESTIVO ILUSTRADO
 Colaboran en él los más celebrados literatos y los más renombrados dibujantes

Toda la correspondencia á D. Pedro Motilba, Rambla del Centro, Kiosco número 5.—Barcelona

BIBLIOTECA PARA TODOS

Ocho tomos ilustrados y con cubiertas al cromo, que forman una interesante novela.

Cada tomo *15 céntimos* en toda España.

Esta publicación está terminada y se vende por tomos sueltos ó por colecciones completas.

BIBLIOTECA DE BOLSILLO

Colección de novelitas, cuentos y anécdotas, compuesta de cinco tomos ilustrados con elegantes grabados.

Precio de cada tomo: *15 céntimos*.

Esta colección también está terminada y no se publicarán más tomos.

Se sirven tomos sueltos y por colecciones.

Para los pedidos de todas estas obras, dirigirse á D. PEDRO MOTILBA, Rambla del Centro, Kiosco número 5.—BARCELONA.

CUIDADITO CON ESTO

Novelas, cuentos, artículos y poesías de varios autores, ilustrados con magníficos fotograbados y cubiertas al cromo.

Van publicados *10* tomitos á *15 céntimos*, y hay más en prensa.

TRES MILLONES DE CHISTES

Gran colección de chistes, epigramas, chascarrillos, anécdotas y poesías festivas, ilustrados con profusión y lujo y con bonitas cubiertas al cromo.

Van publicados *45* tomitos á *15 céntimos* uno y en prensa la continuación.

AGENTE EXCLUSIVO EN MADRID para la venta de LA SAETA, D. Julián Rodríguez. — Dicho señor tiene establecido un centro para el reparto y venta de toda clase de publicaciones. *Tesoro, 5, bajo, Madrid.*